

de estudiar el censo de las mujeres en el teatro de Tirso. Desde la Magdalena y la Serafina de *El vergonzoso en Palacio*, hasta Mari-Hernández, la Gallega, o la Juana del *Don Gil*, no haríamos más que encontrar mujeres interesantísimas, tratadas, la mayoría de ellas, con un conocimiento, detalle e intuición raramente ejemplares. ¡Cuántas veces al título de la comedia sale el mismo nombre de la mujer, diagnosticando claramente el cuidado y la predilección del autor por presentar acabados tipos femeninos! *La Villana de Vallecas*, *Mari-Hernández*, *la Gallega*; *La celosa de sí misma*, *La Villana de la Sagra*, *Marta*, *la Piadosa*... Pero acaso de todas esas mujeres, sin olvidar la Beatriz de *Amar por señas*, ni la Jerónima de *El amor médico*, ni la «prudencia» de aquella mujer que discurre a sus anchas por una comedia «toda llena de hombres», de todas ellas, tan diferentes y sugestivas, esta Violante, villana de Vallecas, señora y aldeana fingida y exótica indiana, cuando le conviene la condición, enamorada y dispuesta por amor a los más peligrosos trances; débil un momento para entregarse, y fuerte hasta el final para conseguir cubrir con honradez su culpa, esta mujer de imaginación desbocada y eficaces resultados, tenía que ocupar lugar destacadísimo en la lista nutrida de las estimaciones del autor.

Una adaptación a la escena de hoy de *La Villana* nos ha hecho detenernos con cuidado, con recelo al principio y con verdadero regalo, ya en el mundo de la comedia, en esta joya de nuestro teatro, donde las manos profanas, sirviendo a necesidades de claridad, de tiempo físico, de normal encuadre en una jornada de teatro al uso, han temido entrar a saco donde ni sobraba nada ni se podía poner un solo punto que modificara la perfección del modelo. Da que pensar lo difícil que sería hoy para un autor al día encontrar —salvados los tiempos, las costumbres y la natural y pueril tramoya de algunos pasajes— tipos tan completos, anécdotas tan tentadoramente teatrales.

Pero de todos los tipos de la comedia, es esa doña Violante la que ha servido de trama y de norma, de posibilidad casi infinita para que el asunto ruede y se envuelva, y se complique y se dilate hasta acabar en el precipitado final. Final que, si teatralmente concebido, nos deja un tanto perplejos por su caída vertical, rapidísima, pensando en tiempos más modernos, en más modernos procedimientos, nos hace creer más en la maravillosa sutileza del comediógrafo. Porque hoy día es cosa común en técnica de buen cine, esa nueva curva que ha de tener la gradación emocional de la obra. El llamado *climax*, «máximo» de la curva, punto clave en el que la tensión ha llegado al límite, ha de estar muy cerca del final, para que éste llegue poco después, sin un punto de reposo, sin que la calma se dilate y sin que el espectador pueda «tranquilizarse» en demasía, en ese demás justo donde empieza el hastío.

En *La Villana* ese alto de la emoción, ese momento del nudo en que parece que los personajes van a empezar un ciclo enojoso de explicaciones y declives que acerquen al final, está resuelto de una manera singularmente audaz. Doña Violante contenta a todos, pendientes de su trama, con un parlamento breve, en el que hay una frase de afecto hasta para don Juan, el caballero amante a quien ha engañado y ha fingido amor para que sirviera a sus planes. Toda la difícil, embarazosa situación queda resuelta con una graciosa y gentil escapatoria:

*Perdonad, don Juan, mis burlas;
que si tuviera dos almas,
dueño la una os hiciera,
mas la que tengo es esclava.*

Y esto lo dice a don Juan, enamorado de ella, pero ya incapaz de arrebató después de tan cariñosa y ternísima dedicación, y lo dice delante de su don Gabriel, cautivado ya definitivamente por la que abandonó.

Esta discreta y delicada doña Violante es la